

pacieron en verdad; pero no más ciertamente que lo que las provincias mismas de la península padecieron, víctimas todos del descabellado sistema político y administrativo de los reyes austríacos. Pero al mismo tiempo debían reconocer tales detractores, que la dominación española no dejó de producir grandes bienes á aquellos países italianos. Á ella debieron en gran parte los adelantos de su civilización, de su industria, de su comercio y de su importancia. Bajo ella florecieron las letras y las artes. Las comunicaciones interiores, con magníficos puentes y calzadas, los hospicios y hospitales, las calles y palacios de Nápoles y de Palermo obras son de vívres españoles. La industria y el cultivo de la seda llegaron bajo su protección á la perfección suma, y á ser fuente de considerable riqueza. La desecación de pantanos y de lagunas, que hacían mortíferos ambos países, y la conducción de aguas á las ciudades y poblaciones, á los españoles lo deben, como la defensa de sus costas y fronteras, con fortalezas, torres y atalayas.

No escasó el gobierno español el reparto de sus dignidades, mandos y puestos de confianza entre los súbditos napolitanos, igualados completamente con los españoles. Grandezas de España, toisones, generalatos, embajadas, magistraturas se les concedían con mano franca; y ejercían el poder en la misma metrópoli, y hasta en los estados de América.

Es verdad que la administración fué siempre deplorables; pero era más acertada y equitativa en España. Más diremos, lo era en alguna parte de Europa? Y en continente de esta desgracia, comun en aquella época, citaremos los grandes beneficios que hicieron á la administración de justicia las pragmáticas de los vívres, arreglando los tribunales, y los procedimientos civiles y criminales, con muy sabias disposiciones; y que acabaron con los restos del feudalismo, y que convirtieron con mano firme los abusos del poder eclesiástico.

Y en aquellos siglos, jno fué una ventaja real para Nápoles y Sicilia el formar parte de una gran y poderosísima monarquía, dominadora de Europa? Si no hubieran sido dominios españoles, lo hubieran sido franceses para correr peor suerte y más insegura, y para contribuir á las mismas guerras y descabellados gastos; ó se hubieran visto presa infeliz de los Papas, débiles y sin vigor para defender su costa y territorio de los turcos y de los berberiscos. Y si hubiesen sido en aquellos siglos estados independientes, no hubieran podido estar de ser campo constante de batalla de ajenos intereses, de ambiciones privadas y de continuas guerras civiles. Esta hubiera sido la suerte de Nápoles y de Sicilia, sin el poderosísimo amparo de la dominación española. Y prueba de que no era tan grande el odio á los españoles, por más que digan los autores antiguos y modernos, es que admitieron gustosísimos los sicilianos y napolitanos por rey, como vamos a referir, á un príncipe español, con séquito español y con tropas españolas, desdeshando á príncipes de otras naciones, que también les ofrecían y aseguraban su nacionalidad y su independencia. Y hasta nuestros días, cuando quisieron aquellos países una constitución, abrazaron sin titubear la española; y gritaban en los momentos de fervor y de patriótico entusiasmo: *la constitución de España, ó la muerte*. Y últimamente el ejército español, que desembarcó en Gaeta, para socorrer al Papa, fué recibido por los napolitanos con los brazos abiertos, y asistió y obsequiado con la más sincera cordialidad.

VIII

No faltó que hacer al general Daun en el gobierno de Nápoles, pero tuvo que abandonarlo al cardenal Grimani, para acudir primero á Lombardia, y luego á Roma á poner coto á las pretensiones del Papa sobre Parma. Al cardenal le sucedió el conde Carlos Borromeo, y dos años después en el de 1713 la paz de Utrecht terminó la guerra de sucesión, afirmando la corona de España y de las Indias en las sienas de Felipe V, pero privándole de los estados de Italia. No se convino con aquel arreglo el archiduque Carlos, que había subido al trono imperial con el nombre de Carlos VI, y continuó un año más la guerra, hasta que en un nuevo convenio celebrado en Rastadt, se le adjudicó la corona de Nápoles con la isla de Cerdeña, el Milanesado y los presidios de Toscana. Y á Víctor Amadeo de Saboya la isla de Sicilia, con título de Rey, con que no tardó en coronarse en Palermo, entregándole, con tanto dolor, aquel estado el último virey español marqués de los Balbases. Mucho debía prometerse aquella isla de un soberano tan aventajado, y que gobernando acertadísimo el Piemonte había dado claras muestras de capacidad política, militar y administrativa; pero regresó á Turin dejando de Virey al conde Maffei. Este á los tres años de gobierno se vió sorprendido por una poderosa escuadra española, que al mando del almirante Leede, flamenco de nación, se apoderó casi sin resistencia, por lo imprevisto y osado de la acometida, de Palermo, Catánea, Trápani, Messina y Siracusa. Esta infracción de los tratados indignó á todas las potencias, que habían guerreado tanto

años; y volando como pudieron al socorro de Sicilia, lograron casi destruir la escuadra española, recuperar las ciudades perdidas, y restablecer el dominio del Piemonte en toda la isla. Mas el Emperador, que no estaba muy satisfecho del último arreglo, con el pretexto de poner coto á la ambición española, formó la liga llamada cuádruple alianza con Jorge I de Inglaterra, Luis XV de Francia, y los estados de Holanda, para imponer al rey de España un nuevo arreglo hecho en Londres, que fué sin dificultad aceptado por Felipe V; en el cual pasaba la Sicilia reunida con Nápoles, bajo la soberanía del emperador Carlos VI; á Víctor Amadeo se le daba el reino de Cerdeña; y al infante Carlos de Borbon, hijosegundo del Rey de España, habido en su segunda mujer Isabel Farnesio, se declaraba heredero de los estados de Parma y de Plasencia, á la muerte cercana de su poseedor, que no tenía sucesión directa. Verifícase este arreglo, con gran disgusto del piemontés, y con gusto del español, y sobre todo de la Reina, que preveía en el nuevo orden de cosas gran porvenir para su hijo, quien no tardó en tomar posesion de sus nuevos estados, no con gran contentamiento del Emperador, que vio con sospecha el que los españoles volvieran á poner el pie en Italia, y á entrar en ella con demasiado número de tropas, y sin disgusto del país.

Armóse á poco nueva guerra sobre la sucesion al trono de Polonia el año 1733, púsose de nuevo en armas Europa, rompiéndose la anterior alianza. Luis XV de Francia envió á conquistar el Milanesado al mariscal de Villars, y Felipe V, de España, un grueso ejército al mando del duque de Montemar so pretexto de cubrir los estados de su hijo don Carlos, pero con órdenes secretas de conquistarle el reino de Nápoles. Era entonces virey, en nombre del Emperador, Julio Visconti, y general de las armas el conde de Traun, los que viéndose de improvviso vigorosamente acometidos por tan poderoso ejército español, pidieron asustados socorro á Viena, pues contaban con escasas tropas, y con ellas en el último apuro salieron á probar fortuna. Mas tuvieronla tan contraria, que rotos y deshechos refugiaron en la plaza de Gaeta. El reino todo recibía con los brazos abiertos á sus antiguos huéspedes; mientras que arreglada la sucesion de Polonia, se convenia en Londres en dar al pretendiente vencido el ducado de Lorena, y al que se quería despojar de él, los estados de Parma y de Plasencia, indemnizando al infante don Carlos de Borbon con la corona de Sicilia; pero esta y la de Nápoles se las tenia ya destinadas la Providencia, y debía adquirirlas con nuevos triunfos de las armas españolas.

Rendidas y entregadas las fortalezas y castillos de la capital, que esperaban con ansia al nuevo rey, al jóven y generoso, y valiente príncipe español, que les llevaba nacionalidad é independencia, entró en ella á caballo el día 10 de mayo de 1734, entre los más fervientes aplausos de todos sus habitantes, cuyo entusiasmo se extendia como una chispa eléctrica por todo el reino. Pero aun no estaba terminada la guerra. Los alemanes recibieron algun refuerzo, y aun se defendian en Gaeta, en Capua, en Pescara y en otros puntos, y se reunian en Puglia. Marchó á su encuentro el bizarro y entendido duque de Montemar, y ganando la célebre batalla de Bitonto, y atacándolos luego, sin darles respiro, en todos los puntos fuertes que ocupaban, los arrojó completamente del reino, coronando tan gloriosa conquista.

De Nápoles pasó rápidamente el ejército vencedor á Sicilia, y su alta reputación, y la gloria que lo circundaba, y el claro nombre del príncipe que defendía y el odio á los tudescos le abrieron las puertas de la isla y las voluntades de los sicilianos. Huyó aterrada la guarnicion alemana, y el duque de Montemar fué acogido como libertador en Palermo. Y revolviendo sobre Messina, mal defendida por los imperiales, la ganó en pocas horas y se hizo dueño de todo el reino. No tardó el jóven rey en ir á visitarlo, y allí tuvo el mismo éxito que en Nápoles, y fué coronado y jurado solemnemente. Gran felicidad soñaban ambos reinos, grandes proyectos de hacerlos felices rotaban en la mente del jóven monarca; cuando una nueva guerra vino á retardar las esperanzas de los súbditos y los planes del soberano.

Muerto el emperador Carlos, se opusieron algunas potencias á que heredase la corona imperial, con todos sus estados, su hija única, la célebre y varonil María Teresa de Austria; y se coligaron en contra de ella Francia, España, Rusia y Baviera; y en favor Austria, Inglaterra, Holanda, Rusia y Saboya. Y mientras se guerraba en Alemania, en Hungría, y en Lombardia, el almirante inglés Martini se presentó en la bahía de Nápoles con catorce navios, y con inusitada insolencia amenazó bombardear y destruir la ciudad, si en el término de dos horas no promecía solemnemente el rey Carlos guardar en la empeñada lucha estricta neutralidad. Irrató de ira el generoso príncipe español con tal insulto; pero desprovisto de bajeles, y mal guardado el puerto con débiles fortificaciones y escasa artillería, por evitar la destruccion de su hermosísima corte, tuvo que ceder despechado, y quemar

las tropas, que iban marchando á reforzar las armas españolas en Lombardia.

Esta humillacion no evitó el golpe meditado por los alemanes, pues habiendo conseguido grandes ventajas sobre el ejército español, que tuvo que retirarse á los Abruzzos, creyó el general tudesco Lobkovitz llegado el momento de reconquistar el reino de Nápoles; y hollando la validez de los tratados, lo acometió impetuoso. Enterado Carlos de tan injustificable agresion, que violaba una neutralidad, impuesta con tanto desacato; reunió sus fuerzas y marchó al encuentro de los invasores, publicando un solemne manifiesto para que supiese el mundo, que apelaba á las armas para defender sus estados y rechazar la fuerza con la fuerza. Y sabiendo que el ejército invasor se hallaba embarazado por las nieves en el paso de las montañas hacia Valmontone, sentó sus reales en Veletri, ciudad de la frontera romana. Treinta y nueve mil hombres componian el campo napolitano, treinta y cinco mil el tudesco; y aquel llevaba además la ventaja de estar protegido por todo el país, y muy provisto de municiones y vitualias. Pero acaso estas circunstancias le dieron confianza desmedida y el descaído que inspira la seguridad. Lobkovitz se aprovechó de esta confianza y de este descaído, y obligado á aventurarlo todo logró á media noche sorprender el campo napolitano, quemar las tiendas é introducir la confuscion y el exterminio, del que se salvó con la fuga el mismo Rey. Mas no consiguieron nada con este triunfo pasajero los alemanes. Repuesto Carlos reuniendo con actividad suma sus dispersas banderas, organizando con inteligencia notable sus tropas sorprendidas, y poniéndose con valor heróico á su cabeza, revolió sobre los alemanes, tambien descaídos con los halagos de la victoria, y atacándolos con toda la resolucion de una justa venganza, los deshizo, los diezmó, y los arrojó de Veletri, asegurándose la corona de las Dos Sicilias, independiente y respetada.

IX

Llegado habemos al punto en que comienza verdaderamente el trabajo que nos propusimos de escribir una reseña histórica del reino de las Dos Sicilias; pues hemos llegado al tiempo en que quedó asegurado este nuevo estado europeo, fundado por las armas españolas, y gobernado por un monarca español independiente, y reconocido Rey legitimo de aquel nuevo reino, en todas las potencias de Europa. Por lo tanto será más proliza nuestra narracion, porque como de sucesos más próximos á nuestros días, en íntima relacion con la época presente, y últimamente contemporáneos, ofrecen mayor interés á nuestros lectores, y pueden ser de más útil enseñanza.

Era el rey D. Carlos, á quien ya conocemos como valentísimo soldado y experto capitán, príncipe de claro entendimiento, de noble y elevado carácter, de bondad suma, de purísimas costumbres, celoso de su autoridad, pero amigo de la justicia, y ansioso de la prosperidad de los pueblos, sin que su religiosidad extremada y nimia, que casi con la supersticion se confundia, tan altas dotes de soberano invalidara.

Tenia á su lado desde que empezó la conquista, al florentino Bernardo Tanucci, jurisconsulto de poca instruccion, pero de buenas ideas gubernativas, de prudencia y de actividad, y lo nombró su primer ministro en el momento que tomó posesion de aquel reino; y ya antes de la expedicion de Veletri había empezado á introducir grandes é importantes mejoras en la administracion pública y en la gobernacion de la monarquía.

Dió al consejo colateral el carácter y organizacion de Consejo de Estado. Arregló los tribunales, estableciendo una suprema cámara de casacion y último recurso, aboliendo completamente los jueces delegados. Reformó las leyes de distintas épocas, y nombró una comision de juriscóntulos, que las reuniera en un solo cuerpo coherente y arreglado á los adelantos de la ciencia y al estado de la sociedad. Creó un tribunal supremo de comercio, y entabló tratados mercantiles con Dinamarca, Holanda, Suecia y con las regencias berberiscas. Y habiendo aparecido la peste levantina en Messina, demostró el Rey su actividad é inteligencia para impedir el contagio, publicando acertadísimas leyes sanitarias.

Dió nueva y uniforme organizacion á los ayuntamientos, que si perdieron su importancia política, ganaron mucho en la administrativa, con gran ventaja de los intereses públicos. Tambien dió el último golpe á los restos del caduco feudalismo, aboliendo la jurisdiccion particular de los barones, y llamándolos á la corte con gracias, mercedes y lisonjeras distinciones. Y á pesar de su piedad suma y de las prácticas piadosas á que acaso se entregaba con exceso, disminuyó el número de conventos, redujo notablemente el derecho de inmunidad, obligó al pago de contribuciones á los bienes eclesiásticos, ajustando con la Santa Sede un ventajoso Concordato. Y hasta para dar más vida al comercio, permitió la entrada de los judíos, medi-

da que disgustó al pueblo, y que más tarde tuvo que revocar por complacer á la opinion pública.

Habia el rey contraido matrimonio el año 1738 con Amalia Walburga, hija del rey de Polonia Federico Augusto; y creó el día de la cerimonia la orden esclarecida de San Genaro, dándole institucion, más de congregacion devota, que de órden caballeresca. Ya la Reina había dado á luz una princesa, y estaba de nuevo en cinta, cuando ocurrió la expedicion de Veletri, durante la cual quedó en Gaeta, no sin disgusto de la ciudad de Nápoles, que reclamaba como suyo aquel depósito.

Ala vuelta de la expedicion, perfeccionó el Rey y llevó á cabo con actividad suma todas las reformas ya emprendidas. Puso orden en la administracion y recaudacion, aseguró más y más la tranquilidad interior, y cogiendo opimos frutos de sus sabios planes y de la capacidad gubernativa de su ministro Tanucci, vió en tan floreciente estado la hacienda pública, que pudo pensar en el engrandecimiento y en el ornato de su reino.

Reformó y regularizó los estudios públicos y las academias; mejoró el arsenal, creándose una escuadra; estableció colegios de náutica y de construccion, fundacion de artillería, fábricas de lonas y cordelería; fundó el arrabal de Chiaja y el de la Margelina; construyó el muelle y la aduana, mejoró el palacio, y contiguo á él, levantó el magnífico teatro de San Carlos, el más célebre de Europa. Y no podemos resistir al deseo de consignar un hecho curioso que ocurrió en su inauguracion. Para ir desde sus régias estancias al teatro, tuvo que atravesar la real familia varios patios y de salir á la calle. Y cuando sorprendido el Rey como el público todo, con lo suntuoso y sólido del edificio y del magnífico salon, y con el magico espectáculo, elogia y aplaude al arquitecto Carasala, que había construido aquel teatro en ocho meses, le dijo: «lastima es que no se pueda venir desde palacio aqui sin tomar frio.» Nada contestó el arquitecto; pero al acabarse la representacion se encontró el Rey con una oportuna galería sólidamente construida, y adornada de tapices, alfombras, espejos y arañas, que desde su palco le dió paso hasta la real cámara.

Tambien edificó Carlos la bellisima poblacion y palacio de Portici, el de Capodimonti, el magnífico de Caserta, el soberbio acueducto de Maddalene y el hospicio general, los graneros, los cuarteles y las atarazanas. Y pasma todo esto cuando se considera que se hizo sin gravar á los pueblos, ni aumentar las contribuciones, ni acudir á empréstitos, y en un país esquilimado por malos gobiernos, y trabajado de continuas guerras y calamidades: pues aunque se crea que la Reina de España enviaba á su hijo gran parte de los tesoros de América, no pudo hacerlo despues de la muerte del rey Felipe V y del advenimiento de su entenado Fernando VI al trono, en cuya época se construyeron precisamente aquellas colosales obras, orgullo de Nápoles y admiracion de los viajeros.

Tambien al rey Carlos de Borbon debió la Europa el descubrimiento de Herculano y de Pompeya, ciudades romanas, que habían desaparecido el año 79 de nuestra era bajo las lavas y cenizas del Vesuvio, y cuya posicion se había completamente borrado de la memoria de los hombres. En ellas, particularmente en la última, se han encontrado riquezas artísticas inapreciables, y se ha podido estudiar la vida doméstica de los romanos. Desde los utensilios del tocador de las damas, hasta los bronceos, mármoles, pinturas y mosaicos que adornaban al foro, los templos y los palacios de aquellas olvidadas ciudades han sido digno asunto de científicas disertaciones, han dado ya importante ocupacion al buril, y en el real Museo Borbónico de Nápoles sirven de útil enseñanza y estudio, y son la admiracion de los arqueólogos y de los artistas.

Además en Pompeya se han hallado papiros, que aunque carbonizados por la accion del fuego, se desarrollan y leen sin dificultad, por un procedimiento fácil é ingenioso. Desgraciadamente hasta ahora no se han encontrado entre ellos las obras perdidas de los grandes escritores de la antigüedad. Alcanzaron á la isla de Sicilia en gran parte todas las ventajas y adelantos, que tan floreciente hacian el Estado napolitano; pero el estar más lejos de la fuente de las reformas, y de la vigilancia del monarca; el tener que sujetarse á los menores actividad, celo é inteligencia de los delegados del poder soberano; y lo más atrasado del país, las mayores raices que en él tenia el poder feudal, la influencia eclesiástica; las antiguas rivalidades aun no del todo allanadas, lo áspero del terreno y el carácter indomable de los habitantes, dificultaban el progreso de la civilizacion, y el planteamiento completo de las saludables innovaciones.

Duraba en tanto, con cortos intervalos, la guerra de Lombardia, y en ella un cuerpo de tropas napolitanas reforzando el ejército español y adquiriendo gloria y merecido renombre; hasta que muerto Felipe V, le sucedió en el trono de España y de las Indias su hijo del primer matrimonio Fernando VI, que no tardó en firmar la paz, ajustada en Aquisgran, por la que se concedió la soberanía de Par-

ma, Plasencia y Guastalla al infante don Felipe; y para evitar un rompimiento inmediato sobre el dominio de Toscana se concertó un doble matrimonio. Tambien se arregló poco despues la alta soberanía del Rey de Nápoles sobre la isla de Malta, contradicha y negada por los Grandes Maestres del órden de San Juan de Jerusalem.

Mostró Carlos su firmeza de carácter, á pesar de su devocion extremada, resistiendo á las instancias del Papa Benedicto XIV para establecer en Nápoles la Inquisicion. El arzobispo Spinelli, instigado por Roma, empezó con notable imprudencia á preparar palacio y cárceles para el odioso tribunal; mas en cuanto se divulgó por el pueblo, dió este muestras, extrañas en el fanatismo de que era presa, de resistir con la fuerza, como lo hicieron sus mayores, el establecimiento del Santo Oficio. Y el Rey de acuerdo con la opinion pública, revocó las disposiciones del Arzobispo, lo alejó de Nápoles, y alejó tambien al cardenal Landi, por decretos, que esculpió en tablas de mármol aun se ven en el muro de San Lorenzo.

Asegurada la paz, redoblaron sus esfuerzos el rey Carlos y su ministro Tanucci para afianzar las reformas, acabar del todo con los restos feudales, y con los abusos del poder eclesiástico, enaltecer el ejercicio de la agricultura y del comercio, proteger las letras y las artes; empezando á crear así en aquel país la clase media, que rica é ilustrada, forma el nervio y el verdadero poder de la sociedad moderna.

Días de guerras, de trabajos, de reformas, de engrandecimiento, de abundancia y de paz, formaron los 25 años del reinado en Nápoles de don Carlos de Borbon, y aun esperaban sus súbditos muchos más de prosperidad y de reposo; cuando la muerte, sin sucesion, del rey de España don Fernando VI, lo llamó á ocupar el trono de ambos mundos. Recibió el mismo día la noticia de la muerte de su hermano, y de la haber sido reconocido como rey y proclamado en toda España; y pensó en marchar inmediatamente á ceñirse la espléndida corona, con que galardonaba sus altas dotes de soberano, y sus privadas virtudes la Providencia. Nombró regente de España á su madre, y pensó en la sucesion del reino de las Dos Sicilias.

Tenia el rey Carlos seis hijos y dos hijas. El primero llamado Felipe era de cuerpo enfermizo y de alma imbécil; reconocido lo cual solemnemente, en un consejo público de facultativos, barones, magistrados, obispos y embajadores extranjeros, fué declarado por el padre, con las lágrimas en los ojos y el corazon hecho pedazos, inhábil para la corona. Su hijo segundo don Carlos Antonio, era ya de derecho Príncipe de Asturias y heredero del trono español. Por lo tanto el reino de Nápoles, no pudiendo reunirse ambas coronas, pertenecia legitimamente al hijo tercero don Fernando, robusto y despierto niño de ocho años de edad. Así lo declaró solemnemente don Carlos III, ya rey de España, confiriéndole la corona de Nápoles y de Sicilia el día 6 de octubre del año 1759, é inmediatamente fué reconocido y jurado Rey sin la menor contradiccion.

En el mismo día, despues de haber registrado las cuentas del tiempo de su reinado; de dar saludables consejos al hijo, recomendándole su hermano imbécil, que quedaba en Nápoles; de haber nombrado preceptor para el nuevo Rey, y un consejo de regencia; y de repartir con justicia y sin profusion grados, títulos, condecoraciones y mercedes á sus fieles servidores; se embarcó en la escuadra española, sin llevar consigo de la corona de Nápoles ni una sola alhaja; y hasta dejando una sortija de ningún valor, que encontró en Pompeya, y que tenia la costumbre de no quitarse nunca; exeso de delicadeza, que pinta el alto carácter del gran Carlos III.

Lloraron su partida los napolitanos todos, agolpándose en los muelles y marinas, y en las torres y azoteas de la ciudad, y siguiendo con ojos arrasados la escuadra, que les robaba su idolo, su rey, su padre, su bienhechor.—Quedaban sus leyes, sus magistrados favoritos, sus soberbios edificios; pero ¡ay! se ausentaba el que las había dictado, el que los había con tanto acierto elegido, el que los había imaginado; faltaba el rey Carlos de Borbon, faltaba el restaurador magnánimo de aquellos trabajosos países.

X

Tomó el nuevo soberano el título de Fernando IV, Rey de las Dos Sicilias y de Jerusalem, Infante de España, Duque de Parma y de Plasencia y Gran príncipe hereditario de Toscana; y fueron regentes durante su minoría Domingo Cattaneo, príncipe de San Nicandro, ayo del Rey; José Pappacoda, príncipe de Centola; Pedro Bologna, príncipe de Campo-reale; Miguel Reggio, ballio de Malta; Domingo Sangro, capitán general; Jacobo Milano, príncipe de Ardore; Lelio Caraffa, capitán de guardias, y el caballero Tanucci, el laborioso y sesudo ministro de quien ya hemos hecho mencion, y que fué, como se puede conocer, el alma de aquella regencia, ó por mejor decir, el regente único

del Estado; y como era natural, prosiguió constante y celoso la obra de regeneracion que con tanto acierto había planteado á la sombra del anterior Monarca.

Entre tanto crecia el nuevo Rey educado por San Nicandro, más en los ejercicios que dan vigor al cuerpo, que en los estudios que nutren el espíritu, en los que ni el ayo ni los co-regentes eran desgraciadamente muy versados. La inmoderada pasion por la caza de que era victima el padre, se enseñoreó tambien del hijo; y el Rey ya mancebo, mirándola como su primera ocupacion, repelia con tedio los libros, evitaba el trato con los doctos, evadia las conversaciones sobre materias de Estado y negocios públicos. Sabiendo apenas escribir, cifraba su vanidad en ser el más certero en la escopeta, el mejor cabalgador, y el más diestro en los juegos de fuerza ó de gallardía de todo su reino; ejercicios que lo ponian en contacto con el populacho, al paso que lo alejaban del trato noble y decoroso de la corte; pues tímido, cortado, taciturno en las régias ceremonias y en la alta sociedad, se mostraba desenfadado, suelto y loeuz, cuando en las fiestas populares se complacía en disfrazarse de pescadero, divirtiéndose en vender á los lazarones pescado, con todo el chiste, procaicida y mímicas contorsiones de tan humilde ejercicio. No se comprende como el entendido y en aquel tiempo omnipotente Tanucci, no cuidó más de la educacion del Rey menor; pues no podemos creer de su capacidad y rectitud, y del agradecimiento que debía á Carlos III, que de intento descuidara las buenas disposiciones del hijo, para poderlo dominar á salvo, y no perder nunca la gobernacion verdadera del reino.

Gobernaba la regencia pues, ó por mejor decir, el primer ministro, continuando constantemente en las reformas del anterior Monarca, y obediendo sus nuevas inspiraciones, pues seguía el Rey de España correspondencia no interrumpida con su favorito: aunque éste, decidido enciclopedista, tras-pasó muchas veces las instrucciones del piadoso Carlos III en materias eclesiásticas.

Declaráronse del Estado los espolios y vacantes, se abolió el diezmo, se suprimieron varios conventos, se restringió aun más la jurisdiccion episcopal, se puso coto á la publicacion de las bulas pontificias, se prohibió el dejar legados á manos muertas, y la fundacion de nuevas iglesias, conventos y capellanías; se dió intervencion al gobierno en los estudios de los seminarios, y se decretaron otras disposiciones de esta clase, que si al pronto alarmaron las conciencias timoratas, no tardaron en ser populares cuando se advirtieron sus beneficios resultados. No fué tan feliz Tanucci en las medidas económicas, como se vió el año 1763, en que la mala cosecha de cereales puso el reino en grande apuro; y se aumentó este por las erradas disposiciones de la regencia, basadas todas en las equivocadas ideas de aquella época sobre monopolio y usura, importacion y exportacion, prohibiciones y franquicias.

Fué declarado mayor de edad el rey Fernando IV el día 12 de enero de 1767. Francia y España estaban con Nápoles en buena armonía, pero no en alianza; y porque aun no había aceptado, por sugestion reservadísima de Carlos III, el pacto de familia. La casa de Austria pretendia un matrimonio con el rey de Nápoles. El papa Clemente XIII combatía con las armas espirituales las reformas hechas.

El primer acto del Rey al tomar posesion del gobierno del reino como mayor de edad, fué la expulsion de los jesuitas, hecha por exigencia de su padre, y con las mismas insólitas precauciones, sigilo, presteza y aparato imponente con que se había verificado en España. Gran sensacion causó en el reino de las Dos Sicilias, afigiendo á muchos, alegrando á otros, y excitando la curiosidad de todos sobre el motivo de tan atrevido golpe. Pocos días despues apareció un real decreto destinando los cuantiosos bienes de los expulsados, á escuelas públicas y gratuitas, á conservatorios de artes y oficios, á casas de reclusion, y á otros establecimientos piadosos seculares, todos de pública utilidad; con lo que poco á poco se sosegaron los ánimos, comovidos con la expulsion de aquella preponderante órden religiosa, ya arrojada de Portugal, España y Austria, y luego abolida completamente por Clemente XIV.

En el pontificado de su sucesor Pio VI hubo serios altercados entre este Papa y el Rey sobre conceder el capelo al arzobispo de Nápoles, y sobre la consagracion de los obispos. Y el disgusto de estas controversias dió ocasion de que quedase abolida la antigua costumbre de la presentacion de la famosa *hacanea* y consiguiente tributo al Papa, en señal de vasallaje. Hizose siempre esta anual ceremonia el día de San Pedro, 29 de junio, con gran pompa y pública solemnidad; y en el año 1776 marchando á caballo con brillante cortejo, el príncipe Colonna, embajador de Nápoles, á llevar á la Basilica Vaticana el presente, trabó una disputa de precedencia con el séquito del embajador de España, que causó desórden y tumulto en la multitud, pero todo cosa de poquísima importancia. Sabido el caso por el Rey de Nápoles, fingió darle mucha

y sin pérdida de tiempo escribió por medio de su embajador al Papa: que para evitar tales escándalos y disgustos, que podían turbar la paz, nacidos de un acto de *mera devoción*, había resuelto que no se celebrase más aquella ceremonia. Exigió el Papa la revocación de este acto, que calificó de atentatorio á su alta soberanía; y no obteniéndola protestó en vano, y aun reclama, *pro forma*, el día de aquella festividad el perdido derecho. Así concluyó completamente toda sombra de dependencia ajena del reino de las Dos Sicilias.

Trató el Rey de tomar estado, y ajustó su matrimonio con María Josefa de Anstria, hija del emperador Francisco I. Pero habiendo muerto esta señora cuando se hacían los preparativos de la boda, la reemplazó su hermana María Carolina; y en Nápoles el 22 de mayo de 1768 se verificó el regio enlace, solemnizado con grandes fiestas y regocijos, que duraron algunos meses.

Hermosa, altanera, instruída, y austriaca, debía suponerse la parte que iba á tener la Reina en la gobernación del Estado, y la tenaz oposición que haría á la influencia española; mucho más cuando fué artículo expreso de las capitulaciones matrimoniales, que asistiría á los consejos de Estado. Desde luego se notó que no simpatizaba con el ministro Tanucci; y no era difícil de conocer el arrepentimiento de éste por no haber cuidado más de la educación de su soberano, haciéndolo capaz de gobernar por sí mismo, y no por ajenas inspiraciones. Continué empero algun tiempo en la dirección de los negocios públicos, y en íntima aunque más reservada correspondencia con Carlos III.

Prosiguieron pues las reformas y los arreglos, ocupándose de todas las academias y reuniones de sabios y de filósofos; y entonces brillaron los ilustres escritores Galiani, Palmieri, Pagano, descolando entre ellos el célebre Cayetano Filangieri, autor de la gran obra titulada *Scienza della Legislazione*.

También entonces nació la rica industria del coral, y se perdió en breve por el furor que reinaba en aquella época de reglamentario todo: á pesar de tanta actividad y movimiento, no prosperaba la hacienda, y el reino decaya visiblemente.

En 1777 dió á luz la Reina un príncipe, y exigió en seguida la asistencia á los consejos y consultas de Estado; y aunque Tanucci opuso cuantas dificultades le sugirió su astucia y su práctica cortesana, no lo pudo impedir; y dejando el gobierno á la altiva austriaca, salió del ministerio, se retiró de la corte, y se estableció lejos de ella en una casa de campo, donde á poco pasó á mejor vida. Hombre notabilísimo, enciclopedista sí, y de escasa instrucción, pero de grandes instintos de gobierno, de fecundas ideas, laborioso, perseverante, bien quisto y de suma pureza, gobernó con poder absoluto cuarenta y tres años, se retiró del mando sin enemigos, y murió en la miseria.

Dueña de las riendas del Estado la reina María Carolina, y más aliojado que nunca el rey Fernando de los negocios públicos, cambiaron completamente las relaciones extranjeas, rompiéndose los vínculos que unían el reino de las Dos Sicilias con España, y estrechándose con Inglaterra. Sucedió á Tanucci en el ministerio el marqués de Sambucca, que estaba de embajador en Viena; y se trató de aumentar las reformas, siguiendo las ideas filosóficas que estaban de moda en la capital del imperio; pero el mal estado de la Hacienda agravado con los nuevos despilfarros de la corte, que se puso en un pie de ostentación y de lujo, no al nivel de los recursos del reino, y el encontrarse sin ejército y sin marina; aquél indispensable siquiera para mantener el órden interior, como lo exigían los adelantos admirables de la industria, y ésta necesaria para proteger la navegacion y el comercio acrecentados de una manera increíble; alarmó á la Reina y al nuevo ministro, y convinieron en que eran necesarias tropas y naves de guerra; mas no sabiendo de quién echar mano para crear ejército y marina, se pensó para lo primero en un general austriaco, y para lo segundo (por no llamar ni á un español, ni á un francés) resolvieron por consejo del príncipe de Caramanico, que gozaba de gran influencia en palacio, nombrar almirante al caballero inglés Juan Acton, que se hallaba al servicio de Toscana, y habia adquirido renombre de experto y de valeroso en una expedicion contra Argel.

No tardó en aceptar el aventurero esta primera muestra de los favores de la fortuna; y con permiso del Gran Duque pasó á Nápoles en 1779, donde fué muy bien acogido por los Reyes y por toda la aristocracia, encargándose de la dirección general de marina. Al mismo tiempo Sambucca dejó el ministerio de Estado al marqués Caracciolo, hombre de juicio y reputado buen economista.

No desaprovechó la corte romana estos cambios para arrancar un nuevo Concordato, sin el estorbo de Tanucci; pero negoció en vano, pues Caracciolo, que siendo Virey de Sicilia dió muestras de su entereza en estas materias, se mantuvo firme, y rechazó con energía las exageradas pretensiones de Roma.

Obtuvo muy luego el caballero Acton el ministerio de Marina, y empezó, ambicionando algo más, á minar el favor secreto de Caramanico, hasta lograr que saliese este rival poderoso á la embajada de Londres. Trató de ganarse popularidad, y lo consiguió mostrándose poco amigo de la nobleza, estableciendo escuelas gratuitas, publicando proyectos de caminos y obras públicas, mejorando para el comercio los puertos de Miseno, Brindis y Baya, y hasta intentando establecer la libertad de cultos en Mesina y en Brindis. Abolió tambien el ministerio de Hacienda, creandó para regirla y administrarla un consejo, y empezó á dedicarse con calor al aumento del ejército y de la escuadra, alzándose en fin con el supremo mando, con el afecto y completo favor de la Reina, con la confianza, el respeto y hasta el miedo del Rey y con la opinion del país. Mariscal de campo, teniente general, capitán general, todo lo fué el afortunado Acton en pocos dias; y se vió condecorado con las primeras grandes cruces de Europa, y hasta por servicios hechos á su patria en el ministerio de Nápoles, obtuvo el nobilísimo titulo de Lord de Inglaterra, creciendó en riquezas al paso que en honores y en importancia política.

Apareció falaz y momentáneamente tan engrandecido el poder del reino de las Dos Sicilias por el número de soldados y de buques que se le suponían, que los Borbones de Francia y de España quisieron buscar su alianza; pero ¿qué podían conseguir sino desaire y repulsa de una reina austriaca y de un favorito inglés? Ofendió Carlos III escribió con autoridad de padre á su hijo Fernando IV importantes y discretas reflexiones, aconsejándole que alejase de su consejo, de su corte y de su reino á aquel temible y audaz advenedizo. Nada consiguió y murió á poco muy afligido de cuanto ocurría en su predilecto palacio de Caserta.

El año de 1783 fué funestísimo para el reino de las Dos Sicilias. Continuos y espantosos terremotos arruinaron doscientas treinta y tres ciudades y pueblos, y hasta cambiaron completamente el terreno en las férces provincias de Calabria y del norte de Sicilia. Innumerables fueron las víctimas, pues pasaron de sesenta mil, grandó la pérdida de cuantiosas riquezas; generales el espanto y la afliccion, y notable el empobrecimiento. Al mismo tiempo las borrascas, las tormentas, las inundaciones, los huracanes conturbaron el país, y las bandas de facinerosos, nacidas en el general desórden y aturdimiento, aumentaron aquel cúmulo de desastres. Al cabo se apiadó el cielo del reino infeliz, volvió el órden á su naturaleza, se ocupó el gobierno en reparar tanto daño, y en remediar la miseria pública.

El año 1784 cuando la tierra se reponía de tantas angustias y dolorosas pérdidas vinieron á visitar á la Reina sus hermanos José II y el Gran Duque Leopoldo. Hicieronlo de incógnito, esto es, sin admitir honores ni obsequios, y como convenia á dos filósofos empapados en las doctrinas enciclopedistas. Conviértieron la corte de Nápoles en una verdadera academia; y despues de entusiasmar á la Reina y á los sabios con la ostentacion pomposa de sus proyectos liberales, filantrópicos y humanitarios, regresaron á sus respectivas capitales.

Con el ejemplo de sus huéspedes nació en la Reina el deseo, y lo comunicó á su esposo, de viajar tambien, á lo ménos por Italia; pero no enebierta la majestad bajo el incógnito, sino rodeada de esplendor y con toda su pompa. Y el año 1785 (no queriendo hacer el viaje por tierra, para evitar la visita al Papa, con quien aun duraban los desabrimientos), en un magnífico navio ricamente preparado, y seguido de otras doce naves de guerra, llegaron los Reyes á Liorna. Fueron allí visitados y altamente recibidos por los príncipes toscanos, y con ellos y pomposo séquito pasaron á Pisa y á Florencia. Allí ufano el Gran Duque hacia alarde de sus reformas y nuevas instituciones, y de las efectivas mejoras que habia hecho en el país. Y es fama que preguntó al napolitano cuántas y cuáles habia el hecho en el suyo, á lo que este contestó: *ninguna*, añadiendo tras el general silencio que produjo esta seca respuesta: *Gran número de toscanos vienen á mi reino á pedirme empleos: ¡cuántos napolitanos vienen aquí á pedirme los á V. A.!*... Quedó cortado el Gran Duque, y la Reina discretamente llamó la atención á otro asunto.

De Florencia marcharon los soberanos de Nápoles á Milan, Turin y Génova, con tanto fausto y ostentacion, y generoso desprendimiento, que por muchos años le quedó al rey Fernando IV en aquellos países el apodo de *el rey de oro*. En Génova se embarcaron de nuevo, y regresaron á Nápoles escoltados por buques ingleses, holandeses y de la órden de San Juan. Cuatro meses duró el viaje, que costó un millón de ducados (16.000.000 de rs.), suma que hubiera podido emplearse mejor en remediar los desastres de Calabria y de Sicilia en los recientes terremotos.

Ya habia muerto el rey de España Carlos III y sucediéndole el señor don Carlos IV, cuando tratandó el rey de Nápoles, que ya tenia heredero en el príncipe Francisco, de casar á sus hijas, lo verificó con los archiduques Francisco y Fernando, hijos del gran duque Leopoldo. La muerte del emperador José II, ocurrida en 1790, llamó al imperio al gran duque Leopoldo, que dejando en Florencia á su hijo Fernando, se llevó consigo, como heredero, al primogénito Francisco. Los Reyes de Nápoles fueron á Viena á celebrar las bodas y la coronacion del nuevo Emperador, y luego lo acompañaron á Hungría, siendo en todas partes magníficamente obsequiados. Pero aun no vueltos á Nápoles, supieron con disgusto nuevas inesperadas y terribles que les obligaron á volver con presteza á su reino.

XI

Las semillas esparcidas con mano pródiga por los escritores y filósofos, los adelantamientos materiales de la sociedad, y sus necesidades nuevas; las equivocadas interpretaciones y errada inteligencia de las inglesas instituciones, y las maravillas que se contaban de los Estados-Unidos de América, por los aventureros que habian contribuído á su emancipacion, dieron el fruto que debían de dar, asombrando al orbe con la revolucion francesa, uno de los acontecimientos mayores y uno de los más grandes trastornos que han conmovido á la humanidad. No hay quien ignore su historia; hablaremos pues de ella sólo en cuanto tenga relacion con la que vamos compendiando en este breve escrito.

Las noticias de los acontecimientos de París estremecieron todos los tronos de la tierra. Y caminando en busca del suyo los Reyes de las Dos Sicilias, quisieron hacer algunas alianzas, que no tuvieron efecto, y visitaron al Papa, arregladas ya las pasadas discordias. Fueron recibidos en Nápoles con grandes fiestas y regocijos, que no disiparon las oscuras nubes que se aglomeraban en el horizonte político. Tratóse inmediatamente de guerra. Encargóse el ministro Acton de ella, con actividad extraordinaria. Trabajaban sin cesar de día y de noche los arsenales, las fundiciones, las fábricas de armas y de municiones; se aumentaron los regimientos con levás, quintas, voluntarios y criminales, y se preparaban ejércitos y escuadras, creyendo que con tales medios se podría conjurar la violenta borrasca.

Todo cambió de aspecto. Cesaron las reformas, cerráronse las academias, persiguíose á los sabios, recogierónse los libros, cerró su corte de filósofos la Reina, y hasta maldijo su facilidad en haberlos ántes acogido y consultado. Se prohibieron y quemaron las obras de Filangieri y de otros escritores liberales; y el clero y la policia secreta todo lo minaban, todo lo perseguían; y mudado completamente el aspecto público del reino y de la capital, no presentaba más que descontento, tristeza, desaliento y humillacion.

Cada día eran más alarmadoras las noticias de Francia. La fuga de la familia real causó imprudente y prematuro contento en el palacio de Caserta, pero los acontecimientos posteriores lo llenaron de luto y amargura. Quiso el caballero Acton formar una liga italiana, á que no se avino la república de Venecia; y estaba en estas negociaciones dilantandó el recibir como embajador de Francia á Makau, cuando el almirante francés Latouche, con catorce navios, fundeó en el puerto á medio tiro de cañón del castillo del Ovo, y envió un mensajero á pedir satisfacion del retardo en recibir al diplomático francés y á exigir neutralidad. Reunió el Rey su consejo, y aunque habia medios de resistencia y para destruir completamente la escuadra enemiga, faltaba ánimo; y la Reina, temerosa de los jacobinos y republicanos, de que decia estar plagado el reino, fué de opinion de ceder y de avenirse á todo. Hizose así, fué Makau recibido con el ceremonial de costume, firmóse un convenio de neutralidad, y Latouche dió la vela y desapareció; pero asaltado en un borrascoso temporal volvió á fundear y vino á tierra con su oficialidad. Con el amparo de esta fuerza respiraron los perseguidos, se alentaron y salieron los que estaban ocultos; y los jóvenes empapados en las nuevas ideas, admiradores entusiastas de la revolucion francesa, rodearon á los huéspedes, que no dejaron de propa-

gar noticias é ideas contagiosas hasta en el populacho, porque las difundian con generosidad y desprendimiento en su gasto, regalos y propinas. Al cabo se asentaron, y como la Reina no desistió de sus intentos, siguieron los preparativos de guerra, y el proyectar nuevos tratados secretos y alianzas para reunir medios con que escarmantar á los franceses. Tantos esfuerzos debilitaban cada vez más el decadente reino, y la miseria y el desaliento eran generales. Empezaron con encono las persecuciones. Los discursos y controversias, que un año ántes merecian el aplauso y el favor de la corte, eran ya delitos atroces, que se perseguían y castigaban sin piedad; y el fanatismo renació furibundo contra las reformas de Carlos III y de Tanucci, dando un poder colosal al clero, que predicaba el odio á toda innovacion, cuyo resultado, decían, eran los espantosos horrores de la república francesa.

La desgraciada muerte, ó por mejor decir, el glorioso martirio del inocente Luis XVI, aterró á todos los reyes de Europa; y en defensa propia resolvieron caer sobre la rebelde Francia, para apagar en ella el hogar espantoso de las revoluciones. Pero recelosos de sus propios pueblos, mal avenidos entre sí, pobres de recursos, y sin grandes capitanes que dirigieran las operaciones, no lograron más que dar nuevas fuerzas en la cima á aquel Titan que iba á trastornar el universo. La Inglaterra sola con su gran preponderancia marítima, y usando oportunamente de sus riquezas, sostenia la guerra con éxito y reputacion. Coligóse secretamente con ella, con España y con Cerdeña el rey de las Dos Sicilias, y envió una escuadra, rompiendo la neutralidad que le impuso el almirante Latouche, á Tolon; la que despues de perdido y entregado á las llamas aquel famoso arsenal, volvió á Nápoles, tornandó á poco á ayudar á los ingleses para su expedicion contra Cádiz. Al mismo tiempo que contribuía el reino de las Dos Sicilias á la guerra marítima, lo hacia tambien á la terrestre en Lombardia, con más de cuarenta mil hombres. Todo lo cual puso en tal angustia al Erario, que la Reina y el caballero Acton discurrieron apelar á empréstitos y adelantos llamados ya entonces *patrióticos*, y á echar mano de los bancos y fondos públicos. En aquel tiempo ocurrió el asesinato de Grastava III, rey de Suecia; y resultandó cómplice el ministro napolitano, pasaron graves reconvencciones, y desdenosas controversias, que hubieran terminado en un pesado conflicto en otras circunstancias, y que no dejaron de hacer ruido en Europa.

A la inquietud de la guerra, á los disgustos políticos, al mal estado del país, vinieron á unirse el terror y los desastres de una horrible y espantosa erupcion del Vesubio, cuyos torrentes de lava destruyeron gran parte de la torre del Grecco, y los campos y caserios de Resnina; y cuyas espesas cenizas, levantadas por el humo cubriendo la bóveda celeste, tuvieron tres dias en profunda noche la ciudad de Nápoles y su contorno en treinta millas á la redonda.

En la corte siguieron las sospechas y los temores de conjuraciones continuas, unas verdaderas, otras falsas, para buscar pretextos de imprudentísimas persecuciones. Y no estaban vacíos los calabozos, ni ociosos los verdugos; pero era á lo ménos consuelo de tal degradacion, que el ejército napolitano combatia con gloria al lado del alemán en Lombardia, y que la escuadra ganaba, en los mares de Savona, reiterados elogios del almirante inglés Hotham.

Pronto los ejércitos de la república francesa, mandados por el general Bonaparte, inundaron el norte de Italia, ganando victoria sobre victoria, destruyendó los gobiernos antiguos, y fundandó nuevas repúblicas. Ya habian hecho la paz Cerdeña, Prusia y España, y el Rey de las Dos Sicilias la negoció en París, con la condicion de verdadera neutralidad, de desarme de sus fuerzas terrestres y marítimas, y del pago de treinta y dos millones de reales. Seguia la guerra contra el Papa; y cuando se creyó concluida con la paz de Tolentino, volvió á encenderse por el asesinato del general Duphot, embajador de la república cerca de la Santa Sede.

Despues de ajustada y firmada la paz de Campoformio, habia dejado el general Bonaparte el mando de los ejércitos de Italia al general Berthier, el cual embió el Estado romano, publicandó, como era moda entonces, pedantescas proclamas recordando á Breno y á Camillo, etc. Al llegar á la vista de Roma, se sublevó el pueblo á su favor, y plantando un árbol de libertad en Campo-vaccino, lo recibió con serviles aplausos.

Encerróse el Papa en el Vaticano, mientras el vencedor proclamaba el 15 de febrero de 1798 y establecia la República romana, con groseros insultos al vicario de Cristo, al sucesor de San Pedro, al jefe de la religion católica dominadora de ambos mundos; yendo en seguida, para mayor escarnio, á pedirle su aprobacion y que reconociese como válida aquella usurpacion inmóvil. Resistió, con la dignidad propia de su alto carácter y de su mision divina, el respetable anciano Pio VI; y con violencia arrancadó de su palacio, viajó

prisionero de un punto á otro, hasta morir en el castillo de Valenza del Pó.

Estos acontecimientos, coincindiendo con noticias de que se acercaba á las costas de Sicilia la escuadra, antes veneciana y ya francesa, con tropas de desembarco; y de que Bonaparte, con otra poderosa escuadra, republicana, se habia apoderado de Malta, lanzandó de allí la religion Jerosolimitana, obligaron al gobierno napolitano á enviar refuerzos de tropas á Sicilia, aumentandó las baterias y defensas de sus costas, y á establecer un cuerpo de observacion en el Garellano y en la frontera de Abruzzo.

Los emigrados y fugitivos de Roma, que se habian acogido en Nápoles, fueron el pretexto para un mensaje del general frances, pidiendo la pronta expulsion de aquellos infelices, la despedida del embajador de Inglaterra, el destierro del ministro Acton, paso franco para las garrnes de Pontecorvo y de Benevento; y finalmente el restablecimiento del antiguo vasallaje en Nápoles al Papa, trasmidido á la república romana, y exigiendo en tal concepto el tributo anual y 140,000 ducados por los caidos desde que el Rey, sin consentimiento del Pontífice, abolió aquella obligacion.

Sometióse el Rey de Nápoles á unas exigencias, negó otras, y evadió las restantes, conjurandó por el pronto la tempestad. Y con gran sigilo y con los medios discurridos por la sagaz Maria Carolina y por el audaz Acton, se celebró un tratado secreto con Austria, Rusia, Inglaterra y Turquía para empezar la guerra á la primera ocasion. Y la Rusia, encargándose en tanto de la defensa de Sicilia, envió allí una escuadra con tropas de desembarco. Mas las noticias de la expedicion de Egipto, del combate de Aboukir, y á poco la entrada triunfal en el puerto de Nápoles del vencedor Nelson, reanimaron los espíritus y alejaron todo temor de inminente peligro. Magnífico fué el recibimiento hecho al almirante inglés. Salieron á su encuentro en una falda pomposamente engalanada, el Rey, la Reina, los ministros y el embajador de Inglaterra Hamilton con su hermosísima mujer. Subieron á bordo del navío entre salvas estrepitosas y vivas de las tripulaciones. El Rey regaló una magnífica espada á Nelson, la Reina le dió una riquísima joya, el embajador las gracias en nombre de Inglaterra y Lady Hamilton su amor vehemente y entusiasta. Fundearon los triunfadores bajeles británicos, llevandó á remolque los vencidos franceses. Saltaron en tierra el Almirante, los Reyes, el embajador, la hermosa y su séquito. Recibieronlos ardientes vivas, concertadas músicas, sonoras campanas y un inmenso gentic jubilo y entusiasmo.

Hubo un festin en palacio, y por la noche se iluminó el teatro de San Carlos, donde resonaron himnos al vencedor de Aboukir, y á donde concurren damas de la corte con cintas y pañuelos en que se leia en primorosos estampados: *Viva Nelson*. El embajador de la república francesa Garat, viendó hollado el tratado de paz y de neutralidad, reclamó contra todo lo ocurrido aquel dia, pidiendo explicaciones y satisfaccion. Sólo se le contestó: que habia sido recibida la escuadra inglesa en el puerto, por haber amenazado bombardear la ciudad si no se le daba entrada, y se eludieron los demás cargos.

Óbraba así el gobierno porque se tenia casi segura nueva liga para aprovechar el momento en que los ejércitos franceses estaban muy diseminados y en que el invencible general se hallaba ocupado en Oriente. Y no ocultando ya el Rey de las Dos Sicilias sus intentos, reorganizó sus tropas, dió el mando de un cuerpo de ellas al general austriaco Mack y decidieron la Reina y su favorito Acton hacer la guerra á toda costa, auxiliada con subsidios considerables de Inglaterra.

El embajador francés pidió cuenta de tales preparativos, y se le respondió: que no eran para hostilizar á la República sino para guardar el reino. A los pocos dias el Rey declaró imprudentemente la guerra, se puso á la cabeza de su ejército y entró en Roma, arrollando á los franceses, que dejaron guarnicion en Castel Santangelo. El populacho romano se entregó á exesos horribles, la reaccion fué completa. Fernando IV creyó ya conquistado todo; y escribió á su corte para que se solemnizara el triunfo de sus armas, al Papa para que volviese á su silla asegurada por las tropas napolitanas, y al Rey de Cerdeña para animarlo á la guerra.

En tanto Macdonald, Mounier y otros generales franceses, aunque escasos de fuerzas, apretaban las fronteras de Abruzzo, y otro cuerpo de napolitanos desembarcado en Liorna, en combinacion con los ingleses, tuvo que reembarcarse, con pérdida de fuerza y de reputacion, dejándose en tierra una brigada mandada por el general Naselli, que al cabo de algunos dias cayó prisionero.

Quiso en Roma el Rey rendir el castillo, pero no lo consiguió; y noticiado de que el general Championnet reunido con Macdonald venia á marchas dobles, se retiró á Albano, y de allí á su palacio de Caserta; con tal temor que hizo el viaje disfrazado con las ropas del duque de Ascoli, quien vistió las del Rey, pasando por tal en todo el camino.

Tan luego como el general Championnet restableció la república romana, reunió sus tropas, y

dió descanso á sus soldados, resolvió (á pesar de su escasa fuerza, de la revolucion del Piamonte y de las conferencias guerreras que se celebraban en Rastadt) atacar el reino de Nápoles.

Empezó el general Duhesme la operacion, ganandó en los Abruzzos el importante puesto de Civitella, y avanzando hasta Pescara. Al mismo tiempo adelantaban, por los Apeninos, el general Mounier, el general Rey por las Lagunas, y Macdonald por Frosinone y Ceperado. Apurado el rey Fernando al ver los enemigos invadir su territorio, publicó una proclama declarandó aquella guerra, guerra nacional, y llamandó á combatir á los pueblos y á los napolitanos todos. Este llamamiento al país, ayudado de las exhortaciones y ejemplo de los eclesiásticos y de los nobles y pudientes, tuvo cumplido efecto; y puso en gravísimo apuro á los franceses, que encontraban enemigos en todas partes, que en ninguna hallaban ni viveres, ni acogida, y en cada desfiladero un campo de batalla, y en cada noche una sorpresa, sin que la vigilancia ni la disciplina, ni el número, los pusiese á cubierto de inesperadas acometidas y de considerables pérdidas. Habian rendido las plazas de Gaeta y de Pescara, deshecho á Mack, arrollado las tropas de las fronteras todas; pero la guerra del paisanaje los tenia embarazados y detenidos, en tal posicion que sólo un desacierto de la corte, que calmara aquel entusiasmo, les podia dar la victoria. Y ocurrió el desacierto. El Rey, la Reina, Acton, el embajador inglés, su esposa (abiertamente dama de Nelson), y acaso este mismo, trataron de que la real familia huyese de Nápoles y se salvase en Sicilia; cuando en el último caso, si hubiera sido necesario abandonar la capital, tenia en Calabria y en Abruzzo donde retirarse con dignidad y continuar la guerra nacional, que con tanta bizarría y buen éxito se habia comenzado.

Al amanecer del dia 21 de diciembre de 1798 se vieron salir del golfo varios buques de guerra, que habian dado la vela á media noche y con gran silencio; y en el navío almirante inglés, que iba con ellos, arbolado el estandarte real. El Rey y su familia, y los ministros, y su corte, navegaban la vuelta de Sicilia. Viólo pasmado el pueblo, y no lo creyó; hasta que los edictos fijados en las esquinas le dijeron: que el Rey iba á buscar refuerzos, que volveria muy pronto, y que entretanto nombraba Vicario general al príncipe Pignatelli, y general del ejército á Mack. Vientos contrarios detuvieron á la vista tres dias la escuadra combinada. Repetidos mensajes de la ciudad fueron á bordo para rogar al Rey que volviese, ofreciéndole tesoros, soldados y armas con que defenderlo de los franceses. Todo en vano, el Rey continuó su viaje. Una horrorosa borrasca vino á hacer luego peligrosísima la travesía. El Rey á vista del peligro, arrepentido de su resolucion, reconvinó á sus consejeros. Arrecciando el tiempo, dispersáronse los buques, unos buscaron el abrigo de la costa de Calabria, otros se refugiaron en Cerdeña. El navío de Nelson, y que él mismo mandaba, donde iba el Rey, rindió un palo, y estuvo á punto de perecer; al mismo tiempo que pasó cerca, dominando las olas y navegando seguro, un navío napolitano mandado por el almirante Caracciolo. Desconsolado el Rey, hizo notar la diferencia al inglés, despertando en su ánimo la más enconada y negra envidia. Á pesar de la tempestad logró al cabo el navío británico fundear en Palermo, muy desotrozado; y á poco ancló allí cerca el de Caracciolo, sano y salvo, en perfecta disciplina y sin la menor avería.

La ausencia del Rey y del gobierno desanimó y afigió al pueblo, indignó á los nobles y á las autoridades, dió aliento á los ocultos jacobinos y á cuantos deseaban el triunfo de los franceses, tan generosos en establecer repúblicas. Sin embargo, Mack reunió fuerzas y se preparó á la guerra, y se presentó delante de Macdonald, y consiguió un armisticio de dos meses. Ocurrieron en tanto graves desórdenes en Nápoles, completamente desgarnecida, y se empezó á dudar de la buena fe del Vicario general, suponiéndole trato con los franceses. En una sublevacion se apoderó el pueblo de los castillos, y arrojó á Pignatelli de la ciudad; y pidiendo marchar contra los franceses, nombró generales á los coroneles Moliterno y Roccoromana, y envió una turba á prender al general Mack, que tuvo que acogerse en Caserta al amparo del general enemigo Championnet.

Tantos desórdenes, y los saques y asesinatos, alejaron de la defensa á las gentes sensatas, y facilitaron á los franceses la conquista, parte por inteligencias secretas, parte por corrupcion y parte por la fuerza. Es cierto que el pueblo napolitano hizo una resistencia que hubiera sido heroica á no haber sido feroz; pero atacaban la ciudad Championnet, Duhesme, Kellermann y Duffesse, con tropas halagadas siempre por la victoria, y que tenían en la ciudad muchos y poderosos partidarios y valedores. Tomandó á Santelmo por traicion, venciendo grandes obstáculos, y dudandó muchas horas del éxito, y con pérdida notable, combatiendo en las calles y en las plazas, quedó dueño el ejército francés de la ciudad, el dia 22 de enero de 1799, y estableció la República Partenopéa.